

arte a las hordas salvajes del Nuevo Mundo. Al hablarme de los indios, me decía siempre: «Estos señores y estas señoras salvajes.» Alababa mucho la ligereza de sus discípulos, y, en efecto, yo no he visto brincos más descompasados. El señor Violet colocaba su pequeño violín entre el vientre y la barba, templaba el instrumento fatal y les gritaba: ¡A vuestro sitio! Y todos los salvajes saltaban como si fueran diablos.

Compré a los indios un traje completo: dos pieles de oso, la una para media toga, la otra para la cama. Uní a mi nuevo atavío el casquete de paño encarnado, la casaca, el cinturón, el cuerno para llamar a los perros, y la bandolera de caballería. Mis cabellos, flotando sobre mi cuello descubierto, y mi larga barba, me daban el aspecto de un salvaje, un cazador o un misionero. Me invitaron a una cacería, que debía tener lugar al día siguiente, para buscar la pista del carcajú, o tejón americano.

Esta raza de animales y la de los castores se ha destruido casi por completo en el Canadá.

Nos embarcamos antes de amanecer para remontar un río a la salida del bosque, donde había sido visto el carcajú. Éramos unos treinta entre indios y cazadores americanos y del Canadá; parte de estos últimos iba por la ribera del río con la jauría; las mujeres llevaban nuestros víveres.

No encontramos el carcajú; pero matamos lobos cervales y ratas almizeladas. En otros tiempos los indios tenían un gran sentimiento cuando mataban por casualidad alguno de estos últimos animales, siendo la hembra del ratón, como todos saben, la madre del género humano. Los chinos, mejores observadores, tienen por seguro que el ratón se cambia en codorniz, y el topo en oropéndola.

Nuestra mesa fué abundantemente provista por peces y pájaros del río. Los perros están enseñados a meterse en el agua y logran coger los peces hasta en el fondo. Nos sentamos alrededor de una fogata, que servía a las mujeres para los preparativos de la comida.

Después nos acostamos horizontalmente con la cara pegada a la tierra para librarnos del humo, cuya nube, flotando sobre nuestras cabezas, nos ponía a cubierto de la picadura de los mosquitos.

Los diversos insectos carnívoros, vistos al microscopio, son animales formidables;

tal vez aquellos dragones alados que describe la anatomía, disminuyendo en tamaño, a medida que disminuye su energía, aquellas hidras o grifos se encontrarán hoy en la clase de insectos. Los gigantes antediluvianos son los hombrillos de hoy.

Mi compatriota, el señor Violet, me ofreció sus credenciales para los Onondagas, resto de una de las seis naciones iroquesas. El holandés eligió un sitio a propósito para nuestro campamento; un río salía del lago; levantamos nuestra choza en un recodo de este río. Clavamos en tierra dos estacas ahorquilladas, a seis pies de distancia la una de la otra, colocando horizontalmente entre las dos una vara larga. Con cortezas de abedul formamos el techo inclinado de nuestro palacio. Nuestras sillas debían servirnos de reclinatorios, y nuestras capas de cubiertas. Colgamos unas campanillas del cuello de nuestros caballos, que dejamos en libertad junto a nuestra tienda, cuya cercanía no abandonaron.

A las cuatro de la tarde estábamos alojados. Provisto de mi escopeta me fui a los alrededores. Había pocas aves; una pareja solitaria revoloteaba delante de mí, como aquellos pájaros que yo seguía en los bosques paternos; en el color del macho conocí al pájaro blanco, *passer nivalis* de los ornithologistas. También vi el *quebrantahuesos*, muy conocido por su voz. El vuelo del *exclamador* me había conducido a un estrecho valle encerrado entre alturas desnudas y pedregosas; una vaca flaca erraba en un prado cercano.

Me gustan los albergues pequeños: a pájaro pequeño, pequeño nido. Me senté en la pendiente, enfrente de la choza, en el costado opuesto.

Al cabo de algunos minutos, oí voces en el valle; tres hombres conducían cinco o seis vacas gordas; las pusieron a pacer, y alejaron la vaca flaca con sus varillas. Una mujer salvaje salió de la cabaña, avanzó hacia el animal y lo llamó. La vaca corrió hacia ella alargando el cuello y dando un pequeño mugido. Los dueños de la tierra amenazaron de lejos a la india, que volvió a su choza. La vaca la siguió.

Me levanté, atravesé el valle, y subiendo a la colina, llegué a la choza.

Pronuncié el saludo que me habían enseñado: ¡*Siegh!* (¡Aquí estoy yo!) La india, en vez de responderme repitiéndome mi saludo, se calló. Acaricié a la vaca, y

el amarillo rostro de la india dió señales de enternecerse. Yo me sentí aconmovido con estas misteriosas relaciones del infortunio; hay cierto placer en llorar desgracias que nadie ha llorado.

La mujer me miró todavía con un resto de duda; después se adelantó, y pasó la mano por la frente de su compañera de soledad y de miseria.

Animado por esta muestra de confianza; añadí en inglés: «¡Está muy flaca!» y la india replicó en el mismo idioma: «Come poco. *She eats very little.*» «La han echado rudamente», proseguí, y la mujer respondió: «Las dos estamos acostumbradas a esto. *Both.*» «¿No es vuestra esta pradera?» «Esta pradera, dijo, era de mi marido, que ha muerto. Yo no tengo hijos, y los blancos traen aquí sus vacas.»

Yo no tenía nada que ofrecer a esta criatura de Dios. Al separarnos, mi huésped me dijo muchas cosas que no entendí: serían deseos de prosperidad; si sus votos no han llegado hasta el cielo, no fué la culpa de quien pedía, sino de la flaqueza de aquel para quien se oraba. Todas las almas no tienen igual aptitud para la felicidad, como no tienen todas las tierras las mismas cosechas.

Regresé a mi *ajoupa*, donde me esperaba una colación de patatas y maíz. La noche era magnífica; el lago, unido como un espejo sin marco, no tenía un solo pliegue; el río bañaba nuestra península, perfumada por los calicantos. El *weep-poor-will* repetía su canto, que nosotros oíamos cerca o lejos, según que el pájaro cambiara el lugar de su amorosa llamada. Nadie me llamaba. ¡Llora, pobre William! ¡*weep-poor-will!*

Londres, de abril a septiembre de 1822.

UN IROQUÉS.—SACHEM DE LOS ONONDAGAS.—VELLY Y LOS FRANKS.—CEREMONIA DE LA HOSPITALIDAD.—ANTIGUOS GRIEGOS.—VIAJE DESDE EL LAGO DE LOS ONONDAGAS AL RÍO GENESÉE.—ABEJAS.—ROTURACIONES.—HOSPITALIDAD.—CAMA.—SERPIENTE DE CASCABEL ENCANTADA.—FAMILIA INDIA.—NOCHE EN LOS BOSQUES.—PARTIDA DE LA FAMILIA.—SALVAJE DEL SALTO DEL NIÁGARA.—EL CAPITÁN GORDON.—JERUSALÉN.—CATARATA DEL NIÁGARA.—CULEBRA DE CASCABEL.—CAIGO EN UN ABISMO.

Al día siguiente fuí a visitar al sachem de los Onondagas. Al llegar, me vi rodea-

do de jóvenes salvajes que me hablaban en su lengua, mezclada de palabras inglesas y francesas. Estas tribus indias, enclavadas en terreno de blancos, tienen caballos y rebaños; sus chozas están llenas de utensilios comprados en Quebec, Montreal, Niágara, el Estrecho, y en los mercados de los Estados Unidos.

Cuando se recorrió el interior de la América Septentrional, se encontró en el estado natural, entre las diversas naciones salvajes, las diferentes formas de gobierno de los países civilizados. Pertenecía el iroqués a una raza que parecía destinada a conquistar las demás razas salvajes, si no hubieran venido extranjeros a chupar sus venas y sujetar su genio. Este indio intrépido no se sorprendió al ver las armas de fuego, cuando por vez primera se usaron contra él; se mantuvo firme al silbido de las balas y al ruido del cañón, como si los hubiera oído toda su vida; demostró que no le hacía más efecto que el de una tempestad. Cuando se pudo procurar un mosquito, se sirvió de él mejor que un europeo. No por eso abandonó el rompecabezas, el arco y la flecha, sino que añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha, como si no tuviera bastantes armas para todo su valor. En posesión de las armas de América, adornada su cabeza con penachos, las orejas horadadas, la cara barnizada de diversos colores, los brazos picados y teñidos de sangre, este campeón del Nuevo Mundo se hizo tan temible en el combate como en la playa, que defendió palmo a palmo contra sus invasores.

El sachem de los Onondagas era un viejo iroqués en toda la extensión de la palabra; su persona conservaba la tradición de los antiguos tiempos del desierto.

Las narraciones inglesas llaman siempre al sachem *viejo caballero*. El *viejo caballero*, pues, está enteramente desnudo; lleva una pluma o una espina de pescado atravesada por la nariz, y cubre algunas veces su cabeza pelada y redonda con un sombrero bordado de tres candiles, en señal de honores europeos. El jefe franco Chilperico se untaba los cabellos con manteca rancia, se pintaba las mejillas de verde y llevaba un sayo abigarrado, o una túnica de piel; Velly lo representa como un príncipe magnífico, hasta la ostentación en sus muebles y en sus trajes, voluptuoso hasta la inmoralidad, creyendo apenas en Dios y burlándose de sus ministros.

El sachem de los Onondagas me reci-

bió afablemente y me hizo sentar en un petate. Me dijo, entre otras cosas, que aunque su nación había estado siempre en guerra con la mía, la estimaba mucho. Se quejó de los americanos; los creía injustos y avaros, y sentía que en la división de las tierras indias no hubiese aumentado su tribu el lote de los ingleses.

Después nos sirvieron la comida. La hospitalidad es la última virtud que ha quedado a los salvajes en medio de la civilización europea; ya se sabe cuál era antes esta hospitalidad: el hogar tenía el poder del altar.

Cuando una tribu era arrojada de sus bosques, o cuando un hombre llegaba a pedir hospitalidad, el extranjero comenzaba lo que se llamaba el baile del suplicante; un niño se asomaba al dintel de la puerta, y decía: «¡Aquí está un extranjero!» El jefe contestaba: «Hazlo entrar.» El extranjero entraba bajo la protección del niño, y se iba a sentar en la ceniza del hogar. Las mujeres decían el canto de consuelo: «El extranjero ha encontrado una madre y una mujer; el sol se levantará y se pondrá para él como antes.» Tales costumbres parecen tomadas de los griegos; Temístocles, en casa de Admeto, abraza los penates y a su hijo (quizás yo pisé en Megara, el hogar de la pobre mujer que ocultó la urna cineraria de Foción), y Ulises, en casa de Alcino, suplica a Areté: «Noble Areté, hija de Rexénor; después de haber sufrido dolores sin cuento, me arrojo a tus pies...» Me despedí del anciano sachem, que había estado en la toma de Quebec. En los años vergonzosos del reinado de Luis XV, el episodio de la guerra del Canadá nos consuela, como una página de nuestra antigua historia hallada en la torre de Londres.

Montcalm, encargado de defender sin recursos el Canadá contra fuerzas superiores y frecuentemente renovadas, lucha con buen éxito durante dos años, y bate a lord London y al general Abercromby. Por fin la fortuna le abandona; herido bajo los muros de Quebec, cae, y muere a los dos días; sus granaderos lo entierran en un hoyo abierto por una bomba. Su noble enemigo Wolfe muere enfrente de él; pagando con su vida la de Montcalm y la gloria de expirar sobre algunas banderas francesas.

Mi guía y yo montamos otra vez a caballo. El camino, cada vez más penoso, apenas se hallaba señalado por ramas

cortadas de los árboles. Algunos troncos servían de puente en los riachuelos. La población americana prefería entonces las concesiones de Genesee, cuyas concesiones se vendían más o menos caras, según la bondad del suelo, la calidad de los árboles, el curso y la abundancia de las aguas.

Se ha podido observar que las abejas preceden en los bosques a los colonos; vanguardia de los labradores, son el símbolo de la industria y de la civilización. Desconocidas en América, fueron tras de las velas de Colón; y estas conquistadoras pacíficas no han robado al Nuevo Mundo más que los tesoros de sus flores inútiles para los indígenas, y no se han servido de ellos más que para enriquecer el suelo de donde los habían sacado.

En el extremo de un bosque, donde no se habían oído más que los gritos del salvaje y los bramidos de las fieras, se encontraba una tierra labrada; junto a la choza del indio se veía la habitación de un terrateniente.

Yo era recibido en estos albergues europeos, obra de una mañana, y encontraba continuamente en ellas una familia que se había rodeado de comodidades; muebles de caoba, piano, tapices y espejos, a cuatro pasos de la choza de un irroqués. Por la noche se abrían las ventanas cuando regresaban del campo los criados, o de los bosques, con el hacha o el azadón. A la vista del desierto, o entre el rumor de una cascada, las hijas de mi huésped cantaban al piano el dúo del *Pandolfetto*, de Paisiello, o un *cantabile* de Cimarosa.

En los mejores terrenos se fundaban las aldeas. Del seno de una selva se lanzaba al aire la flecha de un campanario. Como las costumbres inglesas siguen a todas partes a los ingleses, después de haber atravesado países donde no se veía rastro de habitantes, encontraba el anuncio de una hostería colgado de un árbol.

Al entrar en una de aquellas hospederías, me quedé estupefacto a la vista de una gran cama hecha en forma circular alrededor de una viga; cada viajero se acostaba en esta cama, con los pies pegando a la viga, y la cabeza en la circunferencia del círculo, de manera que los durmientes estaban colocados simétricamente, como si fueran los radios de una rueda. Después de vacilar me introduje en esta máquina, porque no veía a nadie en ella. Empezaba a adormecerme, cuando sentí alguna cosa que se deslizaba

contra mí; era la pierna de mi guía; yo no he sentido en mi vida mayor horror. Salté del camastro hospitalario, maldiciendo de corazón los usos de nuestros buenos abuelos, y me fui a dormir con mi capa a la luz de la luna; esta compañera del viajero no tenía nada que no fuera agradable, fresco y puro.

Encontramos una barca en la orilla del Genesee y pasamos el río, acompañados de una porción de indios y colonos. Acampamos en praderas pintadas de mariposas y de flores. La diferencia de trajes, los grupos que formábamos alrededor de nuestras hogueras, y nuestros caballos atados o sueltos, nos hacían parecer a una caravana. Allí encontré la culebra de cascabel, que se dejaba encantar con el sonido de una flauta. Los griegos hubieran convertido al canadiense en un Orfeo; la flauta en una lira; la culebra en Cerbero, o quizás en Eurídice.

Nos acercábamos al Niágara. Estábamos a ocho o nueve leguas, cuando vimos en el sitio donde nosotros pensábamos vivaquear. Aprovechamos la ocasión, y después de haber dado pienso a los caballos, nos acercamos a la horda.

La familia india se componía de dos mujeres, dos niños de pecho y tres guerreros. La conversación se hizo general; es decir, entrecortada por algunas palabras de mi parte o por muchos gestos: después todos se durmieron en el sitio en que estaban. Yo fui a sentarme en un tronco que estaba a la orilla de un arroyo.

La luna plateaba la copa de los árboles; subía poco a poco por el cielo; tan pronto seguía su carrera, como se ocultaba entre grupos de nubes, parecidas a la cima de montañas coronadas de nieve. Solamente turbaban la quietud y el silencio de la noche, la caída de algunas hojas, el paso de un viento súbito, y el gemido de la lechuza; a lo lejos se oían los sordos mugidos del Niágara, que en la calma de la noche se prolongaban de desierto en desierto, y expiraban en las selvas solitarias. En estas noches se me apareció una musa desconocida; recogí algunos de sus acentos, los anoté en mi libro a la luz de las estrellas, como un músico vulgar escribiría las notas que le dictara algún maestro de armonía.

A la mañana siguiente se armaron los indios, las mujeres reunieron su equipaje, yo les di unos polvos y bermellón, y nos separamos tocando nuestras frentes

y nuestros vientres. Los guerreros dieron el grito de marcha, y partieron los primeros; las mujeres iban detrás, llevando a cuestas sus pequeñuelos, que volvían la cabeza para mirarnos. Yo seguí esta tropa con la vista, hasta que desapareció entre los árboles del bosque.

Los salvajes del salto del Niágara, dependientes de los ingleses, formaban la policía de la frontera en este lado. Esta extraña gendarmería, armada de arcos y flechas, nos cerró el paso, y me vi obligado a enviar al holandés al fuerte de Niágara a pedir permiso para entrar en las tierras de la dominación británica. Esto angustiaba mi corazón, porque me acordaba que Francia había mandado en el Alto como en el Bajo Canadá. Mi guía volvió con el permiso, que aun conservo, y que está firmado por el capitán Gordon. ¿No es extraño que haya encontrado el mismo nombre inglés en la puerta de mi celda en Jerusalén? «Trece peregrinos habían escrito su nombre sobre la puerta en la parte exterior de la habitación; se llamaba el primero Carlos Lombard, y se hallaba en Jerusalén en 1669; el último es John Gordon, y la fecha de su tránsito es de 1804.» (*Itinerario*.)

Desde la aldea india, donde permanecí dos días, escribí una carta al señor de Malesherbes. Las mujeres indias se ocupaban en diferentes faenas; sus hijuelos estaban suspendidos en redes de las ramas de los árboles. La brisa mecía las cunas aéreas con un movimiento casi imperceptible. Cuatro leguas distaba la aldea de la catarata. A seis millas de distancia, una columna de vapor me indicaba el lugar de la vertiente. Mi corazón palpitaba con una alegría mezclada de terror al penetrar en el bosque que me separaba de uno de los mayores espectáculos que la naturaleza haya ofrecido a los hombres.

Desmontamos, y llevando los caballos del diestro, llegamos, por fin, a la orilla del Niágara, siete u ochocientos pasos encima del Salto. Como yo avanzase incansablemente, el guía me cogió por el brazo, deteniéndome a la orilla del agua, que pasaba con la velocidad de una flecha. No bullía; se deslizaba como una sola masa por la pendiente de la roca; su silencio antes de la caída contrastaba con el estrépito de su misma caída. La Escritura compara a un pueblo con los grandes ríos; aquí era un pueblo moribundo que, privado de la voz por la agonía, s

precipitaba en el abismo de la eternidad.

El guía me retenía siempre, pues yo me sentía arrastrado, por decirlo así, hacia el río, y sentía un deseo involuntario de arrojarme a él. Tan pronto dirigía mis miradas agua arriba por la orilla, tan pronto seguía la corriente hasta la isla que dividía las aguas, y donde éstas desaparecían, como si fueran robadas por el cielo.

Después de un cuarto de hora de peregrinidad y de admiración indecibles, me dirigí a la cascada. En el *Ensayo sobre las revoluciones* y en *Atala*, se pueden leer las dos descripciones que he hecho de ella. Hoy atraviesan la catarata grandes caminos; tanto en la orilla americana como en la inglesa, hay hosterías, molinos y manufacturas.

Me era imposible comunicar los pensamientos que me agitaban a la vista de un desorden tan sublime. En el desierto de mi primera existencia me vi obligado a inventar personajes para decorarla; saqué de mi propia existencia seres que no encontraba en otra parte, y que llevaba conmigo. Así, he colocado recuerdos de *Atala* y de René a las orillas del Niágara, como la expresión de su tristeza. ¿Qué es una catarata que se despeña eternamente ante la tierra y el cielo, insensibles, si la naturaleza humana no está allí con su destino y sus desgracias? ¡Internarse en esta soledad del agua o de las montañas, y no saber con quién hablar de este grande espectáculo! ¡Las olas, las rocas, los bosques, los torrentes para sí solo! Ofreced una compañera a nuestra alma, y el risueño vestido de los prados y el fresco aliento de las aguas, todo será alegría: el curso del día, el reposo más dulce todavía del anochecer, el atravesar las olas, el dormir sobre el musgo, arrancarán al corazón su más profunda ternura. Yo senté a Velleda en los arenales de Armórica, a Cimodocea bajo los pórticos de Atenas, a Blanca en las salas de la Alhambra. Por dondequiera que pasaba Alejandro fundaba ciudades: yo he dejado sueños por donde he arrastrado mi vida.

He visto las cascadas de los Alpes con sus gamuzas, y las de los Pirineos con sus cabras monteses; no he remontado el Nilo bastante para encontrar sus cataratas rápidas; no hablaré de las zonas de azul de Terni y de Tívoli, elegantes alfombras de ruinas, o motivos de inspiración para el poeta:

*Et præcepit Anio ac Tiburni lucus.*

«Y el Anio rápido, y el bosque sagrado de Tibur.»

El Niágara lo borra todo. Yo contemplaba la catarata que revelaron el antiguo mundo, no infimos viajeros como yo, sino misioneros que, buscando la soledad para Dios, se arrojaban a la vista de alguna maravilla de la naturaleza, y recibían el martirio al acabar el cántico de su admiración.

Sujetaba la brida de mi caballo, teniendo rodeada al brazo, cuando una culebra de cascabel silbó entre los matorrales. El caballo se asombra, se encabrita, retrocediendo se acerca a la cascada. Yo no pude sacar las riendas del brazo; el caballo, cada vez más espantado, me arrastraba. Ya los pies delanteros del animal pierden tierra; pendiente sobre el abismo, apenas podía sostenerse sobre las piernas de atrás. Ya me consideraba perdido, cuando el caballo, asustado él mismo del nuevo peligro, vuelve atrás con una pirueta. Al perder la vida en los bosques del Canadá, ¿hubiera llevado mi alma al tribunal supremo, los sacrificios, las virtudes de los padres Jorges y Lallemand, o días inútiles y miserables quimeras?

No fué éste el único peligro que corrí. Los salvajes utilizaban una escala de lianas para bajar al pozo inferior, escala que en aquellos días estaba rota. Deseando ver la catarata de abajo arriba, me aventuré a descollarme por el flanco de una roca casi abierta a pico, llegando a unos cuarenta pies del fondo. Allí, la piedra vertical y desnuda no ofrecía punto de apoyo; quedé colgado de una mano al extremo de la cuerda, sintiendo que mis dedos se abrían por el peso de mi cuerpo: hay pocos hombres que hayan pasado unos instantes como los que yo conté. Mi mano, fatigada, se abrió, y caí. Por fortuna me paré en la raíz de una roca, donde me hubiera debido estrellar, y no me noté gran daño; estaba a medio pie del abismo; pero cuando el frío y la humedad comenzaron a penetrarme, me di cuenta de que no había salido tan bien librado; tenía el brazo fracturado por debajo del codo. El guía, que miraba desde arriba, y al cual hice señales de auxilio, corrió a buscar salvajes. Me subieron con cuerdas, por un sendero de nutrias, y me llevaron a su aldea. Sólo tenía una simple fractura; dos tablitas, un vendaje y un pañuelo, bastaron a mi curación.

Londres, de abril a septiembre de 1822.

DOCE DÍAS EN UNA CHOZA.—CAMBIO DE COSTUMBRES ENTRE LOS SALVAJES.—NACIMIENTO Y MUERTE.—MONTAIGNE.—CANTO DE LA CULEBRA.—PANTOMIMA DE UNA INDIA PEQUEÑITA.—ORIGINAL DE MILA.—INCIDENTES.—ANTIGUO CANADÁ.—POBLACIÓN INDIA.—VERDADERA CIVILIZACIÓN INTRODUCIDA POR LA RELIGIÓN.—FALSA CIVILIZACIÓN INTRODUCIDA POR EL COMERCIO.—FACTORÍAS.—MESTIZOS O MULATOS.—GUERRAS DE LAS COMPAÑÍAS.—MUERTE DE LAS LENGUAS INDIAS.—ANTIGUAS POSESIONES FRANCESAS EN AMÉRICA.—RECUERDO.—MANÍAS DE LO PASADO.—BILLETE DE FRANCISCO CONYNGHAM.—MANUSCRITO ORIGINAL EN AMÉRICA.—LAGOS DEL CANADÁ.—FLOTA DE CANOAS INDIAS.—RUINAS DE LA NATURALEZA.—VALE DEL SEPULCRO.—DESTINO DE LOS RÍOS.—CURSO DEL OHIO.

Doce días viví con mis médicos, los indios del Niágara. Allí vi pasar tribus que bajaban del Estrecho, o de los países situados al Mediodía y al Oriente del lago Erié, informándome de sus usos; conseguí, con pequeños regalos, que me dieran algunas representaciones de sus antiguas costumbres, porque éstas ya no existen. Sin embargo, al principio de la guerra de la independencia americana, los salvajes se comían a los prisioneros y a los muertos: un capitán inglés sacó una mano de una marmita india.

El nacimiento y la muerte es lo que menos ha perdido en los hábitos indios; sus costumbres subsisten aún. Ponen al recién nacido, a fin de honrarlo, el nombre más antiguo de la casa: el de la abuela, por ejemplo; porque los nombres se toman siempre en la línea materna. Desde aquel instante, el niño ocupa la plaza de la mujer cuyo nombre ha recibido, y cuando hablan de él le dan el grado de parentesco que este nombre hace revivir; así un tío puede saludar a su sobrino con el título de *abuela*. Esta costumbre, aunque parezca risible, es, sin embargo, afectuosa. Resucita a los antepasados muertos; reproduce en la debilidad de los primeros años la debilidad de los últimos; acerca los extremos de la vida, el principio y el fin de la familia; comunica una especie de inmortalidad a los ascendientes, y los supone presentes en medio de su posteridad.

Respecto a los muertos, es fácil encon-

trar las causas de la adhesión del salvaje a las santas reliquias. Los países civilizados tienen, para conservar el recuerdo de su patria, la tradición de las letras y de las artes; tienen ciudades, palacios, torres, columnas, obeliscos; tienen la huella del arado en campos antes cultivados; los nombres están esculpados en bronce y mármol; las acciones consignadas en las crónicas.

Los pueblos salvajes no tienen nada de esto: su nombre no está escrito en los árboles; su choza, construida en pocas horas, desaparece en algunos momentos; el cayado con que hace su labor, roza la tierra, sin lograr abrir un surco. Sus canciones tradicionales mueren con la última memoria que las retiene; se desvanecen con la última voz que las repite. Las tribus del Nuevo Mundo sólo tienen un monumento: la tumba. Quitad a los salvajes los huesos de sus padres, y les quitáis su historia, sus leyes, y hasta sus dioses; quitáis a estos hombres, entre las generaciones futuras, la prueba de su existencia, como la de su nada.

Yo deseaba oír el canto de mis huéspedes. Una pequeña india de catorce años, llamada Mila, muy linda (las mujeres indias no son bonitas más que a esta edad), cantó algo bastante agradable. ¿No era la estancia de Montaigne? «Culebra, detente; detente, culebra, a fin de que mi hermana saque sobre el patrón de tu pintura la forma y la obra de un hermoso cordón que pueda dar a mi madre; de este modo, tu belleza será preferida a la de todas las demás culebras.»

Los canadienses no son ya tales como los pintaron Cartier, Champlain, La Fontaine, Lescarbot, Lafitan, Charlevoix y las *Cartas Edificantes*. Champlain, al fin de su primer viaje al Canadá, en 1603, refiere que «cerca de la bahía de los Calores, en dirección al Sur, hay una isla, donde se alberga un monstruo espantoso, que los salvajes llaman *gugú*». El Canadá tenía su gigante como el Cabo de las Tempestades tenía también el suyo. Homero es el verdadero creador de todas esas invenciones, en las que se ven siempre los Cíclopes, Caribdis y Scila, ogros o *gugús*.

La población salvaje de la América Septentrional, sin comprender en ella a los mejicanos ni a los esquimales, se aproxima a unos cuatrocientos mil habitantes; hay viajeros que sólo la hacen subir a ciento cincuenta mil. La degradación

de las costumbres indias ha caminado en igual proporción que el aminoramiento de la población en las tribus. Las tradiciones religiosas se han vuelto confusas: la instrucción difundida por los jesuitas del Canadá mezcló ideas extrañas a las ideas nativas de los indígenas, y las creencias cristianas se columbran desfiguradas a través de fábulas groseras. Digamos en honor de nuestra patria, y para gloria de nuestra religión, que los indios nos habían cobrado gran cariño; que continuamente nos echan de menos, y que un *ropaje negro* (un misionero) es todavía objeto de gran veneración en los bosques americanos. El salvaje continúa amándonos bajo los árboles, donde fuimos sus primeros huéspedes, en el suelo que hollamos con nuestras plantas, y en donde les dejamos confiados sepulcros.

Cuando los indios andaban desnudos, o vestidos de pieles, tenían algo de grande y noble; pero en la actualidad, los harapos europeos, sin cubrir su desnudez, no hacen más que poner de relieve su miseria.

Por último, se ha formado una especie de población mestiza nacida de los colonos y de las indias. Estos hombres, llamados *mulatos* a causa del color de su piel, son los corredores de cambio entre los autores de su doble origen; dominan el idioma de sus padres y de sus madres, y participan de los vicios de las dos razas. Estos bastardos de la naturaleza civilizada y de la naturaleza salvaje se venden, unas veces a los americanos, otras a los ingleses, para entregarles el monopolio de las pieles; mantienen las rivalidades de las compañías inglesas y americanas, y hacen por sí mismos cazas por cuenta de los tratantes, con cazadores asalariados por las compañías.

Se conoce la célebre guerra de la independencia americana; pero se ignora que también ha corrido sangre por los mezquinos intereses de un puñado de comerciantes. La compañía inglesa de la *Bahía de Hudson* vendió, en 1811, a lord Selkirk, un terreno a orillas del río Rojo, y se fundó el establecimiento en 1812. La compañía del *Noroeste*, o del *Canadá*, vió esto con malos ojos, y las dos compañías, aliadas con diversas tribus indias y secundadas por los *mulatos*, llegaron a las manos. Este conflicto doméstico, horrible en sus pormenores, tenía lugar en medio de los desiertos helados de la *Bahía de Hudson*. La colonia de lord Selkirk fué destruída en junio de 1815, precisa-

mente en la época de la batalla de Waterlóo. En estos dos teatros, tan distintos por el esplendor y por la obscuridad, eran unas mismas las desgracias de la especie humana.

En América ya no existen las constituciones políticas, artísticamente confeccionadas, cuya historia nos traza Charlevoix: la monarquía de los hurones, la república de los iroqueses. En Europa se ha verificado y se verifica aún esa misma destrucción; un poeta prusiano, en el banquete de la orden Teutónica, cantó en antiguo prusiano, hacia el año de 1400, las acciones heroicas de los antiguos guerreros de su país: nadie le comprendió, y le dieron por recompensa cien nueces vacías. Hoy, el bajo-bretón, el vascuence, el gaélico, van pereciendo a medida que mueren los pastores y los labradores.

En la provincia inglesa de Cornualles se extinguió la lengua de los indígenas hacia el año de 1676.

Han desaparecido tribus enteras del Orinoco, y sólo queda de su dialecto una docena de palabras pronunciadas en la cima de los árboles por papagayos que, al recobrar su libertad, las repiten, como el ave de Agripina, que gorjeaba palabras griegas sobre las balastradas de los palacios de Roma. Tal será, tarde o temprano, el fin de nuestras jergas modernas, despojos del griego y del latín. Algún cuervo, escapado de la jaula del último cura franco-galo, chillará desde lo alto de un ruinoso campanario a pueblos extraños, a las razas venideras: «Aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fué conocida; vosotros pondréis fin a todos estos discursos.»

Esforzaos ahora por ser un Bossuet, para que, al final, vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro, a vuestro lenguaje y a vuestro recuerdo entre los hombres.

Hablando del Canadá y de la Luisiana; mirando en los antiguos mapas la extensión de las antiguas colonias francesas en América, solía preguntarme a mí mismo cómo el gobierno de mi país había podido dejar que pereciesen aquellas colonias, que hoy serían para nosotros un manantial inagotable de prosperidad.

Desde la Acadia, y desde el Canadá a la Luisiana, desde la embocadura de San Lorenzo a la del Mississipi, el territorio de la *Nueva Francia* rodeó lo que constituía la confederación de los trece prime-

ros Estados Unidos: los otros once, con el distrito de la Colombia, el territorio de Michigan, del Nordeste, del Missouri, del Oregón y de Arkansas, fueron nuestros o lo serían ahora, como lo son de los Estados Unidos, por la cesión de los ingleses y de los españoles, nuestros sucesores en el Canadá y en la Luisiana. El territorio comprendido entre el Atlántico al Nordeste, el mar polar al Norte, el Océano Pacífico y las posesiones rusas al Noroeste, y el golfo mejicano al Mediodía; esto es, más de las dos terceras partes de la América Septentrional, reconocerían las leyes de Francia.

Temo que la Restauración se atraiga su ruina por sus ideas contrarias a las que acabo de expresar: la manía de apegarse a lo pasado, no tendría ningún funesto resultado si no hiciese más que derribarme a mí, retirándome el favor del príncipe; pero podría suceder que derrocara el trono. La inmovilidad política es una cosa imposible, y es preciso caminar con la inteligencia humana. Respetemos la majestad del pasado, pero no tratemos de retroceder hacia él, porque nada tiene de nuestra naturaleza verdadera, y si intentáramos cogerlo, se desvanecería. El capítulo de Nuestra Señora de Aquisgram hizo abrir, según refieren, hacia el año 1450, el sepulcro de Carlomagno. Encontraron al emperador sentado en una silla dorada, y con el libro de los Evangelios, escrito en letras de oro, en sus manos; delante de él estaban colocados su cetro y su escudo, y a su lado tenía su *Joyeuse*, cuya vaina era de oro. Estaba revestido con el traje imperial, teniendo sobre su cabeza, que una cadena de oro obligaba a mantenerse recta, un sudario que cubría lo que fué su rostro, y al que había sobrepuesta una corona. Cuando lo tocaron quedó convertido en polvo.

Nosotros poseíamos al otro lado del mar vastas comarcas que ofrecían un asilo al exceso de nuestra población, un mercado a nuestro comercio, y un alimento a nuestra marina. Hoy estamos excluidos del nuevo universo: las lenguas inglesa, portuguesa y española, sirven en Africa, en Asia, en la Oceanía, en las islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, para interpretar los pensamientos de muchos millones de hombres; y nosotros, desheredados de las conquistas de nuestro valor y de nuestro genio, apenas oímos hablar en algún apartado rincón de la Luisiana y del Ca-

nadá, y bajo una dominación extranjera, la lengua de Colbert y de Luis XIV.

¿Y quién es el rey cuya dominación reemplaza ahora la dominación del rey de Francia sobre los bosques del Canadá? El que ayer ordenó que se me escribiera este billete:

Royal-Lodge Windsor, 4 junio de 1822.

«Señor vizconde: Tengo orden del rey para invitar a V. E. a que venga a comer y dormir aquí el jueves 6 del corriente.

»El muy humilde y obediente servidor,

FRANCISCO CONYNGHAM.»

Mi destino era verme atormentado por los príncipes. Me veo precisado a interrumpirme; vuelvo a cruzar el Atlántico; me compongo mi brazo roto en Niágara; me despojo de mi piel de oso; tomo mi traje dorado; me traslado del wigwaum de un iroqués al real palacio de S. M. B., monarca de los tres reinos unidos y dominador de las Indias, abandono a mis huéspedes de orejas cortadas y a la pequeña salvaje de la perla, deseando a la señora Conyngham la gentileza de Mila, en esa edad que no pertenece todavía más que a la más temprana primavera.

La tribu de la joven se marchó, y mi guía, el holandés, se negó a acompañarme más allá de la catarata. Le pagué, y me asocié a unos traficantes que iban a bajar al Ohio. Antes de abandonar aquellos parajes dirigí una mirada sobre los lagos del Canadá, y nada me pareció más triste que su aspecto; sólo presentan la desnudez de sus aguas, la cual va a confundirse con una tierra desierta: soledades separadas por otras soledades.

El lago Erié tiene más de cien leguas de circunferencia: los pueblos ribereños fueron, hace dos siglos, exterminados por los iroqueses. Causa espanto ver a los indios aventurarse sobre balsas de corteza de árboles por ese lago, famoso por sus tempestades, en donde hormigueaban en otro tiempo millares de serpientes. Aquellos hombres cuelgan sus manitus a la popa de las canoas, y se lanzan en medio de los torbellinos entre las agitadas olas, que parecen dispuestas a sumergirlos. Las canoas avanzan en fila: en la proa de la primera va en pie un jefe que repite el diptongo *oah*, la *o* con un sonido sordo y prolongado, y la *a* en un tono agudo y breve. En la última va también de pie otro jefe manejando un remo en figura

de timón. Los demás guerreros van sentados sobre sus talones en el fondo de las canoas. A través de la niebla sólo se divisan las plumas que adornan las cabezas de los indios, el cuello tendido de los perros que aúllan y los hombros de los dos *sachems*, piloto y augur, a quienes se podría considerar dioses de aquellos lagos.

Los ríos del Canadá carecen de historia en el antiguo mundo: lo contrario del Ganges, del Eufrates, del Nilo, del Danubio y del Rin. ¡Cuántos cambios no presenciaron las orillas de éstos! ¡Cuánto sudor y sangre han hecho derramar los conquistadores para atravesar esas corrientes que un pastor salva de un brinco en su nacimiento!

Después que dejamos los lagos del Canadá, fuimos a Pittsburg, en donde confluyen el Kentucky y el Ohio: allí despliega el paisaje una pompa extraordinaria. Aquel país tan magnífico se llama no obstante Kentucky, tomando su nombre del río, que significa *rio de sangre*, y que es llamado así a causa de su belleza. Durante más de dos siglos las naciones del partido de los *cherokis* y del partido de las naciones *iroquesas* estuvieron disputándose sus cazas.

¿Las generaciones europeas serán en aquellas orillas más vistosas y libres que lo fueron las generaciones americanas exterminadas? ¿Los esclavos no labran la tierra, amenazados con el látigo de sus amos, en aquellos desiertos de la primitiva independencia del hombre? ¿No reemplazarán las cárceles y horcas a la cabana abierta y al alto tulipar, en donde el pájaro hace su nido? ¿Dejará el Kentucky de ser la *tierra de sangre*? ¿Embellecerían mejor las orillas del Ohio los monumentos de las artes que los monumentos de la naturaleza?

Luego de atravesar el Wabach, la gran Cypriera, el río de las Alas o Cumberland, el *Cheroki* o Tennessee, y los Bancos Amarillos, se llega a una lengua de tierra que las aguas cubren con bastante frecuencia, y allí es donde confluyen el Ohio y el Mississippi, a los treinta y seis grados cincuenta y un minutos de latitud. Los dos ríos, oponiéndose una resistencia igual, cejan en su curso, y duermen uno al lado de otro, sin confundirse, durante algunas millas en un mismo canal, como dos grandes pueblos divididos por su origen y reunidos luego para formar una sola raza; como dos ilustres ri-

vales que descansan en un mismo lecho después de una batalla.

Yo también, a la manera de las poderosas corrientes de los ríos, he dirigido el pequeño curso de mi vida, ya a un lado de la montaña, ya al otro; caprichoso en mis errores, pero nunca maléfico, prefiriendo los valles pobres a las ricas llanuras, y deteniéndome en las flores más bien que en los palacios. Por otra parte, me hallaba tan embebido en mis excursiones, que apenas me recordaba ya del polo. Una caravana de traficantes, que venía de los *Creeks*, en las Floridas, me permitió reunirme a ella.

Nos dirigimos hacia los países conocidos entonces con el nombre general de las Floridas, y en donde están situados hoy los Estados de la Alabama, la Georgia, la Carolina del Sur y el Tennessee. Caminábamos, sobre poco más o menos, por los senderos que en el día unen el gran camino de los *Natchez* a Nashville por Jackson y Florencia, y entran luego en Virginia por Knoxville y Salem, país poco frecuentado en aquel tiempo, y cuyos lagos y sitios había explorado, sin embargo, Bartram.

Ibamos empujados por un viento fresco. El Ohio, engruesado con otros cien ríos, tan pronto se perdía en los lagos que se abrían delante de nosotros, como en los bosques. Hicimos rumbo hacia una de las islas mayores que se elevaban en el centro de los lagos, llegando a ella a las ocho de la mañana.

Crucé una pradera sembrada de jacobas de amarillas flores, de alceas de rosados penachos, y de obelarias de purpúreos matices, y una ruina india se presentó a mi vista. El contraste de aquella ruina y de la juventud de la naturaleza, aquel monumento de los hombres en un desierto, impresionaba sobremanera. ¿Qué pueblo habitó en aquella isla? ¿Cuál fué su nombre, su raza, el tiempo de su paso? ¿Vivía cuando la región, en cuyo seno estaba oculta, permanecía ignorada de las otras tres partes de la tierra? Tal vez el silencio de aquel pueblo es contemporáneo del ruido de algunas grandes naciones, que a su vez han desaparecido en el silencio (1).

En las quebradas arenosas y en las ruinas de los túmulos brotaban adormideras de rosadas flores, pendientes del

(1) Las ruinas de Mitla y de Palenque, en Méjico, prueban que el Nuevo Mundo puede disputar su antigüedad al mundo antiguo.

(Paris, nota de 1834.)

extremo de un pedúnculo inclinado, de un verde pálido, cuyos tallos y flores tienen un aroma que se queda pegado a los dedos cuando se toca la planta. El aroma que sobrevive a aquella flor, es una imagen del recuerdo de una vida pasada en la soledad.

Observé a la ninfea, preparándose a ocultar su lirio blanco en la onda al terminarse el día: el *árbol triste* no esperaba más que la noche para abrir el suyo: la esposa se acuesta a la hora en que la cortesana se levanta.

La cenotera piramidal, de siete a ocho pies de altura, y de hojas oblongas dentadas, de color verde obscuro, tiene otras costumbres y otro destino: su flor, amarilla, empieza a entreabrirse por la tarde en el espacio de tiempo que emplea Venus para ocultarse en el horizonte, y continúa abriéndose a la luz de las estrellas: la aurora la encuentra en toda su lozanía; a la mitad de la mañana se marchita, y cae al mediodía. Sólo vive algunas horas, pero ésas las pasa bajo un cielo sereno, entre los hábitos de Venus y de la aurora: ¿qué importa en ese caso la brevedad de la vida?

Un manso arroyuelo se engalanaba con dioneas, alrededor de las cuales zumbaban gran cantidad de efímeras. También había pájaros moscas y mariposas, que, con sus brillantes matices, competían en hermosura con la variedad de colores de la floresta. En medio de aquellos paseos y estudios, me venía al pensamiento la idea de su futilidad. ¡Cómo! ¿La revolución, que pesaba ya sobre mí y me arrojaba a los bosques, no me inspiraba ideas más graves, y precisamente en los momentos de trastorno de mi país era cuando me ocupaba en descripciones y plantas, en mariposas y flores? El individuo sirve para medir la pequeñez de los más grandes acontecimientos. ¡Cuántos hombres hay indiferentes a esos acontecimientos! La población general del globo está calculada en mil ciento a mil doscientos millones: por cada *segundo* muere una criatura; y, por consiguiente, en cada minuto de nuestra existencia, de nuestras sonrisas, de nuestras alegrías, expiran sesenta, y gimen y lloran sesenta familias. La vida es una peste permanente. Esta cadena de luto y de funerales que nos oprime, no se rompe, se prolonga, y cada uno de nosotros forma un eslabón de ella. ¡Enaltezcamos luego la importancia de esas catástrofes, de que no oírán hablar jamás las tres cuartas partes y media

del mundo! ¡Tratemos de alcanzar un renombre que no volará sino algunas leguas alrededor de nuestro sepulcro! ¡Sumerjámonos en el océano de una felicidad, de la que cada minuto se pasa entre sesenta ataúdes que se renuevan continuamente!

Nam nox nulla diem, neque noctem aurora sequuta est  
Quæ non audierit mixtos vagitibus agris  
Floratus, mortis comites et funeris atri.

«Ningún día ha seguido a una noche; ninguna noche ha sido seguida de la aurora, que no oyera llantos mezclados con dolorosos quejidos, compañeros de la muerte y de los lúgubres funerales.»

Londres, de abril a septiembre de 1832.

FUENTE DE JUVENCIO. — MUSCOGULGOS Y SIMINOLES. — NUESTRO CAMPO. — DOS FLORIDEÑAS. — RUINAS SOBRE EL OHIO.

Cuentan los salvajes de la Florida que en medio de un lago hay una isla habitada por las mujeres más hermosas del mundo. Los muscogulgos han intentado varias veces conquistarla; pero aquel Edén huye ante las canoas, imagen natural de esas quimeras que huyen ante nuestros deseos.

Ese país tenía también una fuente de *Juencio*; ¿quién desearía revivir?

Poco faltó para que esas fábulas adquiriesen a mis ojos una especie de realidad. Cuando menos lo esperábamos, vimos salir de una bahía una flotilla de canoas, que abordaron a nuestra isla. Conducían dos familias de *creeks*, una muscogulga y otra siminole, entre las cuales había *cherokis* y *mulatos*. Me extrañó sobre manera la elegancia de aquellos salvajes, que en nada se asemejaban a los del Canadá.

Los siminoles y los muscogulgos son de estatura más que regular, y, sin embargo, sus madres, sus esposas y sus hijas, son la raza más pequeña de mujeres que se conoce en América.

Las mujeres que desembarcaron donde estábamos nosotros, oriundas de sangre *cheroki* y castellana a la par, eran de elevada estatura. Dos de ellas se asemejaban a las criollas de Santo Domingo y de la isla de Francia; pero eran jóvenes y delicadas como las hijas del Ganges. Esas dos florideñas, primas por parte de padre, me sirvieron de modelos, una para *Atala* y otra para *Celuta*: sólo sobrepujaban a los retratos que he hecho de